

heroicos y en gran parte truncos) que algunos –como el fundador del partido al que perteneciera Candamo, don Manuel Pardo y Lavalle (1834-1878)– desplegaran para educar e integrar a las mayorías nacionales a un proyecto común, que sólo podría fructificar en la muy larga duración. Pero no por eso la suya era una realidad menos *real*, o menos digna de ser expuesta y estudiada. Todo lo contrario, especialmente teniendo en cuenta la hombría de bien de Candamo y el interesantísimo –aunque terriblemente traumático para los peruanos- período histórico cubierto por el *Epistolario*.

Esta publicación contribuye a ir llenando un gran vacío en fuentes de este tipo para la reconstrucción de la historia del Perú. Salvo algunos cúmulos de cartas de ideólogos, militares y otros notables de la gesta emancipadora, incluidos en la *Colección Documental de la Independencia del Perú* (publicada por el Estado peruano entre 1971 y 1975, con el esfuerzo de diversos intelectuales y oficiales que fueran reunidos en comisión especial para tal fin, por el gobierno militar de aquel entonces), no es frecuente toparse con materializaciones semejantes en la escena cultural peruana. Hay tan sólo algunos esfuerzos salpicados en esta misma dirección que, dada la riqueza histórica del Perú –con tanto aún por poner al descubierto y analizar– merecen ser más imitados. La Pontificia Universidad Católica del Perú así lo viene entendiendo, tanto desde su Fondo Editorial como desde el Instituto Riva Agüero, que durante años viene publicando –en sendos volúmenes- la prolífica correspondencia del no menos prolífico intelectual y hombre público José de la Riva Agüero y Osma (cuyo nombre recibiera dicho Instituto de Altos Estudios, brazo de la misma universidad que fuera depositaria y heredera de su gran legado material y cultural). Esperemos que lo entiendan, también, otras instituciones semejantes en el Perú y los alumnos y colegas de José Agustín de la Puente Candamo y de José de la Puente Brunke.

Paul RIZO PATRÓN BOYLAN
Pontificia Universidad Católica del Perú

ALEMANY BAY, Carmen - ARACIL VARÓN, Beatriz (eds.): *América en el imaginario europeo: Estudios sobre la idea de América a lo largo de cinco siglos*. Alicante 2009. Publicaciones de la Universidad de Alicante. 194 pp.

América no fue descubierta sino inventada. Partiendo de esta afirmación escrita por O’Gorman en 1958, la presente obra intenta capturar las múltiples imágenes proyectadas durante cinco siglos desde Europa sobre el continente americano. El origen de este conjunto de artículos se encuentra en un ciclo de conferencias realizadas en la Universidad de Verano Rafael Altamira en el año 2005, por lo que, como es común en este tipo de recopilaciones, se intenta buscar una multiplicidad de puntos de vista acerca de un objeto de estudio. Dentro de éste, el complejo concepto de *Imaginario*, definido por Eva M^a Valero como “un conjunto de ideas, imágenes y representaciones colectivas”, se enmarca un estudio que corre a medio camino entre la historia cultural y el análisis filológico. George Duby ya utilizó este concepto en *Los tres órdenes o el imaginario* (1978), consagrándolo como término muy frecuentado por

los historiadores que se adentran en campos como la historia de las mentalidades o la historia cultural, y que resulta lo suficientemente impreciso como para que bajo su radio de acción quepan, como un cajón de sastre, materiales heterogéneos de muy diversa procedencia: antropológicos, psicológicos, culturales, etc. pero que en definitiva apunta hacia lo supraestructural o ideológico.

El proceso de asimilación y construcción de una realidad que todavía nos es desconocida en su mayor parte, y su asociación con nuestro bagaje cultural e incluso vital, es algo habitual en la Historia y en la naturaleza humana, pero lo que lo hace especialmente acentuado en el caso americano es el hecho de no poseer ningún asidero anterior al que agarrarse que no fuera el *equipaje conceptual* traído de Europa. Se trataba, en palabras de José de Acosta, quizás el primero que comprendió este problema, de “cosas de naturaleza que salen de la filosofía antiguamente recibida y platicada” es decir de algo totalmente ignorado, lo cual se mostrará especialmente dramático en las relaciones entre europeos e indígenas al tratarse, citando a Todorov, del “descubrimiento de un *otro* del que se desconoce absolutamente todo”. A este total desconocimiento se une otra característica que agudiza y que a la vez convierte en mas comprensibles estas múltiples construcciones culturales: la inabarcable heterogeneidad del continente americano, quizás su único rasgo estrictamente definitorio y común a todo el territorio. A partir de estas reflexiones podemos observar la historia de las relaciones culturales entre Europa y América como un proceso de paulatino descubrimiento del que no saldrán indemnes ninguna de las dos realidades, y que los autores consideran culminante en el siglo XX con el reinado de la narrativa iberoamericana, momento en el que América, gracias a su literatura, proyectará una imagen propia, poderosa e influyente en todo el planeta.

Fueron las impresiones de los primeros europeos que viajaron a América las que marcaron casi definitivamente la concepción que en el mundo se tiene del continente. La *América paradigmática* es la tropical, la paradisíaca, la exhuberante y selvática, pero cosa muy diferente hubiera sido de no haber desembarcado Colón en una isla caribeña. Tan determinantes son en la construcción de los imaginarios los hechos históricos. Y es que todas las perspectivas que presenta Aracil Varón en el primer artículo de la obra, “Sobre el proceso de creación de un imaginario múltiple: América durante el periodo colonial”, tienen su origen en los diarios de Colón. Quizás sean las primeras impresiones las que más perduran, pero también son las más alejadas de la realidad; son los intentos por explicar lo que nadie antes había explicado, en palabras de Juan Gil “el continente americano se descubre ante Europa a través de una alucinación colectiva” compuesta de ciudades y seres mitológicos, trasponiéndose así los mitos clásicos europeos a América, buscando elaborar una imagen geográfica coherente de un continente inabarcable, empezándose a ver como el paraíso incorrupto en el que Europa puede desplegar sus utopías... en definitiva el europeo intenta aprehender la heterogénea realidad americana partiendo de sus propias nociones, todavía medievales. Será precisamente cuando Europa se dé cuenta de que tiene que ensanchar su horizonte mental cuando se podrá empezar a hablar de un pensamiento moderno. Este proceso también se puede contemplar en el plano jurídico, y así lo hace Agustín González en el segundo artículo al relatar los primeros intentos de legislar en tierras americanas en base al ordenamiento jurídico europeo y bajomedie-

val, que enseguida se mostrará insuficiente para resolver los problemas legales en el Nuevo Mundo.

Pedro Mendiola Oñate estudia la literatura realizada por Europa en el tercer artículo de esta obra, “América en el imaginario de la Edad Moderna Europea”, diferenciando tres modelos fundamentales llamados a contribuir a la formación del imaginario europeo sobre América. El primero narra las múltiples exploraciones llevadas a cabo en el Nuevo Mundo; el segundo refleja una oscura imagen de América como tierra sin ley, poblada por toda clase de piratas y corsarios llamados a ocupar un papel protagonista en la literatura; el tercero y último incluye todas aquellas obras que contemplaban América como el lugar por excelencia para la exploración científica. Sería difícil en este contexto no reservar a la figura de Charles Darwin, actualmente objeto de conmemoraciones, un papel especial en la construcción europea de la idea de América, pues aparte de sus grandes descubrimientos científicos, sus trabajos están plagados de valiosas impresiones acerca del continente que, dada la difusión de su obra, estaban destinadas a perdurar. Entre ellas hallamos la de los yermos páramos patagones que marcaron para siempre los recuerdos del botánico inglés, obligándole a desplegar su mejor literatura para describirlos como un paisaje de soledad y desolación. Existen otros autores que legaron sus impresiones sobre dicho territorio y es curioso comprobar la variabilidad de éstas de acuerdo con las circunstancias en que lo visitaron. Por ejemplo el francés Auguste Guinnard y el norteamericano Benjamin Franklin Bourne, cautivos por los indígenas patagones a mediados del Siglo XIX, poseen una visión agresivamente negativa hacia ellos. Sin embargo otras opiniones más proclives a intentar comprender lo desconocido, como la de George Chaworth Musters o la del propio Darwin que permanecieron en la Patagonia de manera voluntaria, muestran otra cara muy diferente de estos nativos calificándoles como agradables e inteligentes. Así, Teodosio Fernández nos demuestra en este artículo “Visiones europeas de la Patagonia en el siglo XIX” la fragilidad de las impresiones legadas y como la realidad percibida difiere según el propio bagaje, es labor del investigador valorarla e intentar distinguir la mirada apasionada o prejuiciosa de la mirada científica o desinteresada.

Ya en el siglo XX, como es bien sabido, será el Desastre del 98 el que marque un punto y aparte entre las relaciones culturales entre España e Hispanoamérica. Será debido al creciente recelo hacia las acciones dominadoras de EEUU en el continente y al enfrentamiento entre la civilización latina y la anglosajona-germánica, característico de finales del XIX, por lo que se reinicien las relaciones entre Latinoamérica y España después de un siglo de independencia. En este proceso será crucial la figura de Rafael Altamira, analizada en un artículo de la obra por Eva M^a Valero Juan. Sin extendernos aquí sobre la importancia de este personaje, baste decir que la tesis de Valero atribuye un interés velado al profesor alicantino porque España conseguiría un tutelaje cultural sobre Hispanoamérica. Aun cuando la autora habla de una imagen de América como “mito compensatorio de la debilidad española”, es sabido que por entonces los circuitos culturales se reactivaron extraordinariamente, y en ese resurgir tuvo mucho que ver la labor de Altamira. El *sol americano*, llamado a iluminar vivamente el mundo cultural del siglo XX, volvía a salir para el horizonte español. El mismo Rubén Darío, si no el personaje que más contribuyó a este pro-

ceso por lo menos el que más tempranamente se sumergió en él, estuvo en España cinco veces en estancias prolongadas. Valle-Inclán lo hará, en sentido contrario, tres veces y por supuesto no saldrá indemne de tal experiencia que se reflejará en su obra, especialmente en *Tirano Banderas*. De todo ello habla Daniel Meyran en su artículo “La representación del otro y la figura del dictador hispanoamericano en la literatura de hispánica: el caso de Valle-Inclán”. Uno de los tópicos más repetidos en el siglo XX, o si se prefiere una de las imágenes más proyectadas de las que componen el imaginario sobre América, la contempla como *tierra de dictadores*. A pesar de que la democracia en teoría es un concepto incuestionable en las naciones americanas, uno de los conflictos más comunes en su literatura, y que tiene que ver con la búsqueda de identidad, es el de tiranía contra democracia que, a su vez, podemos asociar al de civilización y barbarie, modernidad contra tradición, Ariel contra Calibán. El texto de Meyran, quizás el que más estrictamente usa el análisis literario, ahonda en la obra de Valle-Inclán para descubrir las percepciones de este sobre América Latina.

Continuando con lo que podíamos calificar ya estrictamente como *historia intelectual* (en general esta obra acierta más con el término imaginario cuanto mas cerca está de 1492, el término aunque, todavía válido por impreciso, se antoja más inexacto cuanto mas se acerca a la contemporaneidad, en cuanto las relaciones culturales se vuelven mas complejas y equivalentes) nos encontramos con el artículo que concluye esta obra “América en el imaginario español y, por ende, europeo (siglo XX)” de la profesora Carmen Alemany. En él se narra la influencia que el continuo flujo de literatos americanos hacia Europa produce en las letras del viejo continente. Rubén Darío sembrará de modernismo la península; Vicente Huidobro predica el creacionismo; Jorge Luis Borges en 1918 colaborará con el *ultraismo*, por citar solo algunos. Es conocido también el acercamiento del mundo cultural a la España republicana, y en particular del hispanoamericano en la Guerra Civil. Ese acercamiento se tornó en distancia con la llegada del franquismo (exiliados a parte) y en los años sesenta, con el *boom* de la narrativa hispanoamericana, se verá, en palabras de Andrés Amorós como “en conjunto no admite comparación con la novela española” aunque fuera acogida con entusiasmo por el público europeo que almacenaba ahora en su imaginario una percepción de América como un recipiente donde la realidad y la fantasía se diluyen naturalmente.

En la década de los noventa, la que la profesora Alemany llama del *boomerang* por poseer ciertos paralelismos con la de los sesenta, muchos escritores criticarán la visión mágica abanderada por García Márquez por ocultar muchas veces la verdadera realidad americana, siendo este un signo de buena salud ante el eterno dilema americano de la identidad: ya no era Europa quien simplificaba, quien había creado una imagen dominante de la heterogénea América, eran los propios americanos. En el futuro al viejo continente no le quedará ya mas remedio que abandonar las antiguas fantasías vertidas al otro lado del océano y mirar hacia allí con los ojos certeros de alguien que mira a un igual y que quiere conocer la diferencia.

Manuel BURÓN DÍAZ